

¡Alguien las pagará!

(Jueces 9)

El hecho de haber vivido en África del Este por algún tiempo, hizo que me causara gran estupor la guerra civil de Ruanda, ocurrida en 1994. Cuando la brutal pesadilla se comenzó a dar a conocer, la portada de la revista *Time* destacó una fotografía, en la que se observaban los cadáveres de innumerables refugiados que habían sido masacrados en la frontera entre Zaire y Ruanda. El reportaje principal contaba acerca de la increíble crueldad que se descargó sobre estas inocentes personas. En medio del hambre y el cólera, hervían todavía los odios tribales. Esto fue de lo que informó *Time*: «A principios de la semana pasada, los trabajadores de asistencia vieron a un soldado Hutu, quien iba de tienda en tienda, con una granada en su mano, buscando niños Tutsi para matarlos».¹ Nuestra condición de seres humanos hace que, al ver tal crueldad, instintivamente pensemos: «¡Alguien las pagará!».

Otra revista, la del *Reader's Digest*, a menudo destaca un artículo en el que describe algunas de las más graves injusticias del sistema judicial estadounidense: Un hombre que fue hallado culpable de conducir ebrio, demandó a la ciudad en la que fue arrestado, y le concedieron una indemnización de \$90.000; a una mujer que fue hallada culpable, por apuñalar veintidós veces a su novio, sólo le prescribieron cinco años de visitas al terapeuta; a un hombre que fue hallado culpable de asesinar a su esposa, se le concedió la custodia de sus dos hijos, después de haber cumplido

solamente cinco años de libertad condicional.² Nuevamente, en nuestros corazones clamamos: «¡Alguien las pagará!».

A veces, nuestra indignación contra la injusticia proviene de la experiencia personal. Tal vez alguien nos mintió, un amigo nos traicionó, o incurrimos en una pérdida de dinero, porque alguien en quien habíamos confiado, no demostró ser digno de confianza. Cuando las injusticias se dan, somos lastimados y nos enojamos. Deseamos que se haga justicia, y la deseamos inmediatamente. Decimos: «¡Alguien las pagará!».

«¿HASTA CUÁNDO, OH SEÑOR?»

Varias veces, en los Salmos, el clamor por justicia es expresado en lenguaje que desgarrar el corazón:

Pon sobre él al impío,
Y Satanás esté a su diestra.
Cuando fuere juzgado, salga culpable;
Y su oración sea para pecado.
Sean sus días pocos;
Tome otro su oficio.
Sean sus hijos huérfanos,
Y su mujer viuda.
Anden sus hijos vagabundos, y mendiguen;
Y procuren su pan lejos de sus desolados hogares.
Que el acreedor se apodere de todo lo que tiene,
Y extraños saqueen su trabajo.
No tenga quien le haga misericordia,
Ni haya quien tenga compasión de sus huérfanos.
Su posteridad sea destruida;
En la segunda generación sea borrado su nombre.

¹ Bruce Crumley, Marguerite Michaels, and Andrew Purvis, "Cry the Forsaken Country" («Clamor del país desamparado»), *Time* (1 Agosto 1994): 34.

² "Crime and Punishment (U.S.A)" «[Crimen y castigo (EE. UU.)]» *Reader's Digest* (April 1994): 112-13.

Venga en memoria ante Jehová la maldad de
sus padres,
Y el pecado de su madre no sea borrado.
Estén siempre delante de Jehová,
Y él corte de la tierra su memoria
(Salmos 109.6–15).

Cuando escribía el libro neotestamentario de Apocalipsis, a Juan se le permitió mirar debajo del altar en los cielos, y ver las almas de los que habían sido martirizados por su fidelidad. Estas almas estaban clamando a gran voz: «¿Hasta cuándo, Señor, santo y verdadero, no juzgas y vengas nuestra sangre en los que moran en la tierra?» (Apocalipsis 6.10). Esta fue su manera de decir: «¡Alguien las pagará!». Como la injusticia está por todo lado, también lo está el clamor por la justicia. El espíritu humano anhela que se haga justicia, que la maldad sea castigada y la justicia recompensada.

ABIMELEC, HIJO DE GEDEÓN

Aunque Gedeón no quiso ser el rey de Israel (8.23), ¡sí se casó y procreó como un rey! Sus muchas esposas le dieron un total de *setenta* hijos. Además de los hijos que tuvo con sus esposas, también una concubina de Siquem le dio un hijo (8.31). Una concubina era, a menudo, una esclava quien tenía pocos derechos legales, y a quien se le consideraba inferior a las esposas del hombre. El hijo de la concubina se llamaba Abimelec, cuyo nombre en hebreo significa: «mi padre» (Abi) es «rey» (melec). Como Gedeón rehusó ser rey, parece extraño que a un hijo suyo se le pusiera por nombre: «mi padre es rey». Es posible que fuera un nombre que le diera la madre de Abimelec, la cual tenía una visión de Gedeón, que era diferente de la que Gedeón tenía de sí mismo. Por otro lado, pudo haber tenido un significado espiritual, dando a entender: «mi padre [Dios] es rey». Cualquiera que haya sido el significado original de su nombre, Abimelec llegó a pensar que él tenía el derecho de llegar a ser rey de Israel.

El relato de Abimelec difiere de lo que hasta este momento hemos visto en el libro de Jueces, en el sentido de que Israel no estaba buscando la liberación de ningún opresor extranjero, y a Abimelec no se le describe, por ningún lado, como juez. No fue Dios quien dio inicio al reino de terror de Abimelec; pero el texto es claro en cuanto a que Él está profundamente involucrado en la resolución de esta crisis.

Después de la muerte de Gedeón, Abimelec se acercó a sus parientes en Siquem, y les pidió que lo apoyaran en sus esfuerzos por llegar a ser

rey de aquella región (9.1). En vista de que él probablemente era de ascendencia cananea, la población no israelita de Siquem se manifestó en favor de él, y le proporcionaron el dinero necesario para levantar un ejército. Con estos «hombres ociosos y vagabundos», fue a la ciudad de Ofra, y «mató a sus hermanos los hijos de Jerobaal, setenta varones, sobre una misma piedra» (9.5). El único que escapó fue Jotam, el más joven de los hermanos, quien al ver lo que sucedía, se escondió. Regodeándose en el resplandor de su victoria, Abimelec regresó a Siquem, donde fue elegido por rey. Esa noche, la ciudad de Ofra debió de haberse llenado con los gritos de las viudas y huérfanos que se alejaban tambaleando de la masacre que acababan de presenciar. No cabe duda de que muchos clamaron: «¡Alguien las pagará!».

Cuando Jotam oyó que su mediohermano era ahora rey, subió a la cumbre del monte Gerizim que estaba cerca, y alzando la voz clamó a los de Siquem (9.7). Su mensaje se expresó en forma de parábola, una historia sobre tres árboles que le pidieron a un olivo que fuera rey de ellos. El olivo pensó que él era demasiado valioso, como para ocuparse del oficio de rey, así que los árboles se dirigieron a una higuera. Nuevamente fueron desairados por un árbol que pensó que sus actuales funciones eran demasiado importantes para convertirse en rey. Después de haber sido rechazados por una vid, los árboles, al final, se dirigieron a una zarza para pedirle que fuera el gobernante de ellos, y ésta aceptó. El mensaje de Jotam era obvio: ¡Abimelec era el gobernante rebajado al nivel de zarza, de Israel! Los árboles y plantas más valiosos del bosque, habían rechazado la posición; sólo la despreciable zarza habría de ser rey de ellos. Cuando terminó de presentarles su parábola, Jotam escapó y se escondió de Abimelec.

Uno de los aspectos más penosos del relato sobre Abimelec, es que él gobernó «sobre Israel tres años» (9.22). Tres largos años pasaron sin que la muerte de los hijos de Gedeón fuera vengada. Tres largos años pasaron, en los que a las familias de ellos se les dejó preguntándose si algún poquito de justicia existía en el mundo. Tres largos años pasaron, en los que el mal triunfó y el bien fue vencido. Por tres largos años se les dejó a muchas almas atribuladas preguntándose: «¿Hasta cuándo, Señor?».

LA REVUELTA DE SIQUEM

Cuando Abimelec fue elegido por rey, él insistió en establecer la sede de su reino en Aruma, a ocho kilómetros al sudeste de Siquem. Al cabo de los

tres años, el pueblo de Siquem se rebeló contra Abimelec y comenzó una guerra de guerrillas, con el fin de derrocarlo (9.22–25). Durante este tiempo, un varón llamado Gaal se mudó a esa ciudad a otra, y comenzó a agitar al pueblo en contra de su rey. Un día, durante un jolgorio de borrachera, algunos de los de Siquem, se atrevieron a maldecir a Abimelec, y Gaal respondió ofreciéndoles deshacerse de él. Cuando la noticia sobre este levantamiento le llegó a Abimelec, éste reunió sus tropas y los llevó marchando de noche, con el fin de sorprender a los habitantes de Siquem. Cuando llegó la mañana, aplastó la revuelta en ciernes. En su determinación por convertir esta desleal ciudad en un escarmiento para las demás, Abimelec emboscó a los habitantes al día siguiente, cuando iban para el trabajo en sus campos. Los mató, destruyó su ciudad y la sembró de sal ¡para asegurarse de que no se volvería a restaurar! (9.45). Luego, dirigiendo su atención a una torre a donde mil hombres habían huido para refugiarse, le prendió fuego y mató a todos los que se encontraban dentro.

Tal vez, sospechando que la revolución de Siquem se había propagado, Abimelec y sus hombres le pusieron sitio a la ciudad de Tebes. Con la intención de hacer con ella como hicieron con Siquem, prepararon para prenderle fuego a la torre, donde todo el pueblo se había hecho fuerte contra aquel ejército asesino. Como se sentía invencible, Abimelec se descuidó. Al acercarse a la torre para prenderle fuego, una mujer dejó caer una piedra de la torre, la cual golpeó a Abimelec rompiéndole el cráneo (9.53).

Morir derrotado era una tragedia; pero morir a manos de una mujer era una vergüenza (4.9, 21). Abimelec sabía que estaba muriendo, así que le dio órdenes a su escudero, en el sentido de que lo matara, para que no se dijera: «Una mujer lo mató» (9.54). El hombre obedeció, Abimelec murió, e Israel volvió a casa.

DIOS PAGÓ

Tenemos otra vez un relato lleno de masacres, traición e iniquidad. Durante el tiempo en que estos eventos tuvieron lugar, miles de personas debieron de haber clamado por que se hiciera justicia, a la vez que estaban convencidas de que la justicia era poco más que un sueño. No obstante, al final la justicia se hizo. Este relato enseña llanamente un mensaje, y éste es que, quien hizo justicia, fue Dios.

Después que Abimelec hubo dominado

sobre Israel tres años, envió Dios *un mal espíritu* entre Abimelec y los hombres de Siquem, y los de Siquem se levantaron contra Abimelec. *Dios hizo esto para que la violencia hecha* a los hijos de Jerobaal, y la sangre de ellos, recayera sobre Abimelec su hermano que los mató; y sobre los hombres de Siquem que fortalecieron las manos de él para matar a sus hermanos (9.22–24; Nueva Versión Internacional; énfasis nuestro).

Así pagó Dios a Abimelec el mal que hizo contra su padre, matando a sus setenta hermanos. Y todo el mal de los hombres de Siquem *lo hizo Dios volver sobre sus cabezas*, y vino sobre ellos la maldición de Jotam hijo de Jerobaal (9.56–57; énfasis nuestro).

Las Escrituras enseñan que Dios es justo y que juzgará al mundo en justicia. Los asesinos de Ruanda serán castigados. El maltrato de niños y la persecución de gente inocente, serán pagados. Todo asalto, violación, traición y mentira serán castigados por Dios. ¡Alguien las pagará!

La confianza en que al final se hará justicia es más que un punto sutil de la teología; es el fundamento para la presencia del amor y el perdón en esta vida. Cuando uno sabe que Dios hará justicia al final, uno es libre de la compulsión a buscar venganza por su propia mano. Pablo combinó estas dos ideas, el juicio de Dios y el estilo de vida del cristiano, en su carta a los cristianos que estaban en Roma:

No paguéis a nadie mal por mal; procurad lo bueno delante de todos los hombres. Si es posible, en cuanto dependa de vosotros, estad en paz con todos los hombres. No os venguéis vosotros mismos, amados míos, sino dejad lugar a la ira de Dios; porque escrito está: Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor. Así que, si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer; si tuviere sed, dale de beber; pues haciendo esto, ascuas de fuego amontonarás sobre su cabeza. No seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal (Romanos 12.17–21).

En un mundo, en el cual las pandillas representan el interminable ciclo de violencia, venganza y más violencia, Dios libra a Su pueblo de la demencia del desquite, al prometerles hacer Él mismo la justicia. Ésta no siempre es inmediata. Los crímenes a veces no se resuelven, y a menudo pasan años antes de que hombres inicuos sean castigados. No obstante, podemos estar seguros de que con el tiempo ¡alguien las pagará!

¿DESEO YO QUE SE HAGA JUSTICIA?

Todo lo anterior es buenas nuevas para los que odian la injusticia del mundo; pero ¡éstas se tornan malas cuando pensamos en los crímenes que se

cometen contra Dios! ¿Realmente deseamos vivir en un mundo en el que el pecado siempre es castigado? ¿Deseamos que Dios nos dé nuestro merecido? ¿Por supuesto que usted no querrá que así sea! El Dr. Jimmy Allen, mi profesor de Romanos en la universidad, solía ilustrar esto contándonos acerca de una vez que un policía estatal lo hizo detener su vehículo por conducir por encima del límite de velocidad. «En momentos como ese», decía, «uno desea misericordia, ¡no justicia!». Cuando de nuestros pecados se trata, todos deseamos misericordia, no justicia. Deseamos perdón, no imparcialidad. Cuando nos presentamos delante de Dios, todos somos culpables y tenemos necesidad de misericordia. ¡Es esta desesperante situación la que nos lleva a la cruz de Cristo!

A los misioneros cristianos les ha asombrado, de vez en cuando, que los budistas, después de escucharles con gran fascinación su presentación del evangelio, les informan que lo que los cristianos llaman «buenas nuevas», para ellos es inmoral. Insisten en que, para que en el mundo llegue a haber verdadera justicia, ¡todo pecado deberá ser castigado! Decir que no tenemos que pagar por nuestros pecados es, por lo tanto, ofensivo para ellos. En su búsqueda de respuestas a estas objeciones, los misioneros han llegado a la conclusión de que las refutaciones de los budistas constituyen el perfecto punto de partida para contarles acerca de lo que Cristo hizo. El pecado *fue* pagado —y a un altísimo costo! ¡Se ha hecho justicia para todo el mundo! En la cruz, Dios no estaba haciendo la vista gorda al pecado; estaba insistiendo en que el

pecado se pagara en su totalidad. ¡Este es nuestro mensaje de justicia!

La gente de hoy día toma una posición muy diferente y destructiva en cuanto al pecado. Lo pasan por alto, lo niegan, lo excusan, lo justifican, y lo minimizan. Tratar el pecado de estas maneras, equivale a no tratarlo del todo. El pecado existe, y causa destrucción —¡lo reconozcamos o no! Todos merecemos sentencia de muerte. ¡La buena nueva es que Jesús murió en lugar nuestro, recibiendo en su propio cuerpo el castigo por nuestros pecados!

Colosenses 1.21–23

Y a vosotros también, que erais en otro tiempo extraños y enemigos en vuestra mente, haciendo malas obras, ahora os ha reconciliado en su cuerpo de carne, por medio de la muerte, para presentaros santos y sin mancha e irreprochables delante de él; si en verdad permanecéis fundados y firmes en la fe, y sin moveros de la esperanza del evangelio que habéis oído, el cual se predica en toda la creación que está debajo del cielo; [...].

CONCLUSIÓN

¡Alguien las pagará! La tragedia de Abimelec nos recuerda que, en efecto, así será. Puede que pasen años, y puede que sea hasta en el Día del Juicio Final; pero alguien las pagará. Gracias sean dadas a Dios porque los cristianos pueden humilde y, agradecidamente, anunciarle al mundo: «¡Jesús pagó por nuestros pecados!».

«No había rey en Israel»

«En estos días no había rey en Israel; cada uno hacía lo que bien le parecía» (21.25). Esta conocidísima frase con la que termina el libro de Jueces, es por lo general interpretada como una descripción de un estado de anarquía. Esta es una descripción parcialmente correcta, por supuesto, pues no había profeta ni rey que orientara a la nación. Pero las familias y las tribus conservaban su identidad y los fuertes vínculos sanguíneos se mantenían al continuar la gente desenvolviéndose en unidad dentro de sus comunidades locales, y bajo la dirección de los ancianos. Hubo tiempos de apostasía, los cuales se dieron cuando los caminos de los cananeos fueron seguidos —tiempos que fueron años de esclavitud y desastre. Sin embargo, las tribus retuvieron suficiente fe en el Señor Dios, para orar por misericordia y liberación. No fue olvidado el pacto que se había hecho con el Señor bajo el liderazgo de Moisés, y el tabernáculo de Silo se mantuvo en pie por muchas generaciones como señal de la promesa de Dios para Israel. [Dios] no dejó de trabajar por el bien de ellos a través de heroicos jueces, aun cuando el poder espiritual de éstos se vio a menudo venido a menos por causa de sus pasiones humanas, o por su falta de entendimiento de la voluntad de Dios.

«El tiempo de los Jueces fue verdaderamente difícil, pero mejores tiempos vinieron después, [...]».

Judges/Ruth (Jueces, Rut)

Arthur H. Lewis